

i Libri



della Quercia

FAIRY OAK



Duomo ediciones

Sobrecubierta de Claudio Prati
Ilustración de la sobrecubierta de Alessia Martusciello, color de Barbara Baldi
Cubierta de Elisabetta Gnone
Ilustraciones a lápiz de Claudio Prati y de Alessia Martusciello
Las acuarelas del cuadernillo *Hechizos del amor* son de Corinne Giampaglia
Las ilustraciones del cuadernillo *Golondrina Negra* son de Claudio Prati
Proyecto gráfico y maquetación de Elisabetta Gnone
Gracias al escritor Tim Bruno por su asesoramiento editorial



Visita el pueblo del Roble Encantado
www.facebook.com/Fairy-Oak

Título original: *Capitan Grisam e l'Amore*
Traducción: Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia* Elisabetta Gnone
© 2023 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(texto e ilustraciones)
www.bombusmedia.com

ISBN: 978-84-18538-96-4
Depósito legal: B 1.283-2022

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: octubre de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A los grandes amores

*Querida hadita de nombre impronunciable,
pero que con un poco de práctica aprenderé a decir, me
llamo Lila de los Senderos, aunque quizá sea más
conocida como Lala Tomelilla.*

*Tu nombre me lo ha dado el Gran Consejo, al que
envío esta carta para que te la haga llegar cuanto
antes (como sabrás, a ningún ser humano le está
permitido escribir a una criatura mágica).*

*He leído en tu magnífico expediente que, además de
ser muy aplicada, pese a tu juventud estás dispuesta a
trasladarte a reinos lejanos del tuyo. Quizá hayas
sido hablar del valle de Verdellano y del pueblo del
Roble Encantado; yo vivo allí. Así pues, a mucha
distancia del Reino de los Rocíos de Plata.*

*De todas formas, puedo asegurarte que el lugar es
agradable, y adecuado para las hadas. Muchas de
ellas, de hecho, viven aquí con nosotros y cuidan
serenamente de nuestros niños.*

*Dentro de algunos meses, mi hermana Dalia dará
a luz dos gemelos que, en vista de tus facultades,
quisiera confiarte para que seas su tata.*

*Naturalmente, vivirás con nosotros y recibirás una
remuneración apropiada a tu labor, que, te lo digo
desde ya, será a tiempo completo siete días de cada
siete.*

Te adjunto algunas imágenes de nuestra familia y de la casa para que el encuentro te resulte familiar y puedas empezar a acostumbrarte a tu nueva vida.

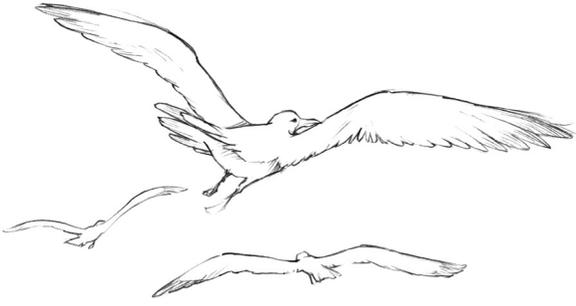
Confío, a decir verdad, en que aceptes el encargo.

A propósito de esto, te ruego que me contestes enseguida. El tiempo apremia y para mi es muy importante que mis sobrinos tengan un hada niñera que los haya visto nacer.

Si aceptas, tu trabajo con nuestra familia durará quince años, pasados los cuales serás libre de nuevo para ocuparte de otros niños.

Felicitándote por tus excelentes notas y con la esperanza de tener pronto noticias tuyas, te saluda cordialmente

Bruja Lala Tomelilla



FAIRY
OAK

Elisabetta Gnane

CAPITÁN GRISAM
y el AMOR





LA PRIMERA NOCHE...

Adiós, Fairy Oak

REGRESO A LOS ROCÍOS DE PLATA

—¡Ha vuelto Feli! ¡Ha vuelto Feli!

—¡Ya han pasado quince años!

—¡Qué emoción!

—¿Ha crecido?

—¿Está más guapa?

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Habían pasado quince años y yo estaba de nuevo en casa.

Mientras volaba al encuentro de mis compañeras, me divertí con un juego. Un juego un poco tonto, en realidad, al que juegan las haditas jóvenes, que aún tienen mucho tiempo y nada en qué pensar. Se llama «Lleva de paseo tu sombra». Yo había jugado a él con frecuencia y por eso sabía ya dónde la encontraría aquella mañana de verano. Y allí estaba, de hecho, ¡mi sombra! Me esperaba sobre la hierba fresca por el rocío, lista para perseguirme.

Reanudé mi vuelo y ella se deslizó tras de mí entre las flores y las espigas perladas. Una manchita oscura, alegre e impertinente, tan pequeña que los conejitos y las ardillas apenas la percibían.

Muy distinta habría sido su reacción si sobre el prado hubiera aparecido la sombra del águila o la del halcón. Entonces, erguidos sobre sus patas traseras, habrían dado la alarma. Los adultos habrían corrido a buscar a sus crías y las habrían llevado hasta las seguras madrigueras mientras en el aire resonaba un agudo chillido de caza. En cambio, ahora los mirlos saludaban el día con su canto melodioso mientras grupos de jóvenes estorninos se resguardaban en la espesura. La sombra aparecía y desaparecía, bajo y sobre las copas de los árboles, en el manto verde de las laderas o más arriba aún, sobre la colina todavía dorada por el sol, y abajo en el agua del torrente. Jugaba con las mariposas alrededor de las ramas de menta gatuna o entre las flores lila del arbusto de las mariposas... Nada había cambiado.

Estaba en casa.

Sin embargo, cuando la plateada laguna apareció debajo de mí, el corazón me dio un brinco en el pecho: era la época de la cosecha, ¿es que se me había olvidado? ¡Mis compañeras estaban manos a la obra! Entre las amapolas y las altas espuelas de caballero, entre las hojas de melisa con aroma a limón, en torno a las salvias y las lavandas en flor, entre los brillantes colores de las capuchinas y los alegres prados de fresas, entre los altos penachos de las dedaleras, de un rosa precioso, y las aún más altas malvarrosas, entre las altivas flores de lis... trabajaban las hadas recogiendo hojas, flores y semillas para cocinar, para hacer medicinas y también por pasatiempo: sin el azul de las flores de lis, ¡las acuarelas de las hadas no serían lo mismo! Yo lo sabía bien, porque me encantaba pintar cuando era un hada joven.

Pero es de ellas de quienes os quiero hablar, de mis amigas,

mis hermanas, de mi pueblo. Estaban trabajando ala con ala.

Cuando me vieron, algunas gritaron, otras agitaron las manos en señal de saludo, otras, las más jóvenes, volaron a anunciar mi regreso.

—¡Ha vuelto Felí!

—¡Ha vuelto Felí!

Estaba en casa.

—¿No habéis recibido mi carta? —pregunté, asombrada por el bullicioso recibimiento—. ¿Por qué parecéis sorprendidas de verme?

—Sorprendidas no, ¡contentas! ¡No imaginas cómo te esperaba!

—¿Desde hace días tratamos de contener la emoción!

—¿Qué de cosas tendrás que contarnos, ¿verdad, Felí?

—En realidad, yo...

—Todo está listo, ¿sabes? ¡Hemos organizado una fiesta en tu honor!

—Oh, gracias, pero no debíais haberos molestado, yo...

—Deja que te veamos... ¡Cuánto has crecido!

—¿Tienes hambre?

—¿Tienes sed?

—¿Cómo estás?

—¿Lloras por la emoción, Felí?

Estaba en casa y lloraba.

—Dejadla descansar —intervino Plateadagotadegentilsabiduría, el hada más anciana de nosotras—, dentro de poco se sentirá mejor y entonces responderá a todas vuestras preguntas.

La abracé y me consoló en voz baja.

—Se te pasará —me dijo—, siempre acaba pasándose.

Le di las gracias y me dirigí sola hacia el magnolio que me había visto nacer. ¡Mi casa, mi hogar! Sin embargo...

En el transcurso de mi viaje, un hilo me había mantenido ligada al pueblo del Roble Encantado y, durante ese tiempo, me había consolado la idea de que en el otro extremo estaba Tomelilla, así que, si yo tiraba, Tomelilla lo habría notado y, si tiraba ella, lo habría notado yo. Sintiéndola cercana, sentía cercanos a todos los que había querido y todavía quería en Fairy Oak. Sabía, mientras viajaba, que, si la pena me vencía, habría podido dar media vuelta y regresar. Solo tenía que seguir el hilo.

Conforme me adentraba en la suave espesura, iluminando las grandes y brillantes hojas, el ruido sutil y casi imperceptible del hilo rompiéndose resonó en mi corazón como un puente derrumbándose. Acababa de decir adiós a Fairy Oak.

El sol se puso diez veces antes de que las lágrimas dejaran de mojar mi rostro. Aquel día, Plateadagotadegentilsabiduría volvió por mí.

—Tienes la cara seca, bien —dijo cogiéndome las manos—, el reino entero te está esperando. ¿Oyes la música y los cantos de alegría? Saben que estás lista y quieren que seas la reina de la fiesta. ¿Tienes respuesta para ellas?

Asentí.

—Bien —dijo entonces, sonriendo—. Sígueme, Felí. Te llamaban así en Fairy Oak, ¿verdad?

—Sí —dije con voz débil.

—Después de leer tus cartas, también nosotras empezamos a llamarte Felí. Y algunas quisieron tener un diminutivo, como tú, así que vas a tener que aprenderte muchos nombres.

Sonreí.

Muchos siglos antes de que yo brillase en el mundo, sus largos nombres habían salvado a las hadas de la crueldad de los hombres. Al principio, en efecto, el pueblo luminoso, alegre y confiado por naturaleza, se había dejado atraer por la voz de los hombres. Llevado por la curiosidad, había dejado los sombríos calveros del bosque y se había acercado a las modestas cabañas humanas, había entrado en los suntuosos castillos, en las tiendas, y algún hada había afrontado incluso el ventoso mar para saber quién vivía en los grandes navíos que surcaban las olas.

Maravillados por las pequeñas criaturas luminosas, los hombres se habían mostrado enseguida amables, casi adoradores, y durante unos años los dos pueblos habían vivido juntos en idílica convivencia.

Luego, la sorpresa dio paso a la costumbre.

Los hombres habían aprendido que las hadas obedecían sin rechistar cada vez que se pronunciaba su nombre completo y, así, lo que antes les habían pedido amablemente, ahora se lo ordenaron e impusieron, y las pequeñas «magias voladoras», como las habían bautizado, fueron empleadas en los trabajos más duros y humillantes.

Las hadas aprendieron, a su propia costa, qué corta era la memoria de los rudos hombres y con qué facilidad se les nublabla la mente. Ningún reconocimiento, ninguna amistad salvó a las hadas.

Hasta que, un día, una de ellas ideó un sencillo y astuto plan: las hadas se presentarían a los humanos con nombres largos y complicados, cuanto más complicados mejor.

Funcionó, y las hadas volvieron a ser libres.

Pocos lograban repetir los intrincados juegos de sílabas y

rimas que el pueblo luminoso combinaba con habilidad, creando cantinelas y trabalenguas que para la mayoría no tenían sentido. Solo los sabios y los justos, y quienes escuchaban el sonido y comprendían su sentido, conseguían pronunciar nombres como Docesutilessoplosdeviento o Paratitraigocuatropétalosencorazón sin que se les enredara la lengua. Quienes, en suma, entendían que dar órdenes es una responsabilidad y hay que pensarlo bien y concentrarse antes de hacerlo.

Los largos nombres habían protegido a las hadas durante muchos siglos. Ahora, por las palabras de aquella que había sido mi guía y mi maestra, comprendía que el pueblo luminoso volvía a fiarse.

—Estoy lista para contar mi viaje —dije.

Agarrándome de la mano, Plateadagotadegentilsabiduría me llevó al centro del claro y habló.

—Sifelizellaserádecirnosloquerrá ha vuelto entre nosotras —anunció con voz solemne. De los árboles y del prado se alzó un «Ooooh» y el resplandor de las hadas inundó de reflejos la laguna en calma—. Como sabemos, ha sido muy paciente, muy valiente y muy sabia. Se ha honrado y ha honrado a nuestro pueblo. Ha sufrido, es normal. Pero ahora está mejor y aún lo estará más si la queréis y la ayudáis a recordar.

Una débil armonía se insinuó entonces entre las briznas de hierba. Una melodía que, creciendo en intensidad y riqueza, se deslizó entre las hojas y colmó el aire perfumado por las flores y el musgo. Las hadas cantaban y sus voces me invitaban a contar.

Sabía lo importante que eran los relatos para las hadas y por eso, durante mi estancia en Fairy Oak, había escrito a menudo a casa para poner al día a mis compañeras acerca de

los últimos acontecimientos y las novedades. Y puesto que siempre tenía mucho que contar, había escrito regularmente. Pensándolo de nuevo en aquel momento, con todos aquellos ojos fijos en mí, me asaltó el desaliento: ya había contado todo, ¿qué es lo que podía añadir?

Como tardaba en hablar, del público se alzó un murmullo que duró unos minutos, hasta que una joven voz se impuso a las demás y se dirigió a mí directamente.

—¡Venga, Felí! —exclamó—. Dinos qué había dentro del baúl del capitán. Y Vainilla, ¿terminó enamorándose de Jim?

Otras voces se le unieron.

—Nos has escrito muchas cartas —dijo un hada bastante anciana— y nos has hecho partícipes de muchos acontecimientos increíbles, como el nacimiento de las niñas, aquello fue muy interesante. Ahora sigue.

—¿Que siga? —pregunté.

—Dos hermanas que nacen con doce horas de diferencia una de otra es un hecho extraño, Felí, incluso en el reino de las hadas —comentó el hada que estaba a su lado—. Gracias por habérmelo escrito, ahora sigue.

—¿Que siga? —No entendía nada.

—Nos has contado que las niñas son idénticas y hermosas como las flores de sus nombres, Vainilla y Pervinca, y que todos los mágicos de la región tienen nombres de flores. Muy bien, Felí, pero ahora sigue...

—Nos escribiste que Fairy Oak es un pueblo de piedra y de flores, asomado al mar y rodeado de bosques en un valle verde y exuberante... ¿Y qué más?

—¿Qué más?

—Gracias a tus cartas, sabemos que lo construyeron los mágicos y los sinmagia hace milenios alrededor de un roble parlante y...

—¿Y?

—Fue bonito enterarse de que los mágicos de la Luz y los mágicos de la Oscuridad viven por fin pacíficamente —intervino Plateadagotadegentilsabiduría— y que incluso aceptaron convivir con los sinmagia. Pero seguro que no todo acaba ahí...

—¿No acaba ahí?

—¿Es verdad que casi no se distinguen unos de otros, Felí? Asentí, un tanto confundida.

—Cuéntanos más, Felí, de Lala Tomelilla, del pueblo... Todas soñamos con ir a un lugar tan sereno y armonioso —suspiró una joven vocecita—. Y trabajar para una bruja sabia y honorable que nos quiera como Tomelilla te ha querido a ti.

Suspiré a mi vez.

—Bueno, esto es lo que sabemos —volvió a instarme el hada que primero había hablado—. Como ves, tienes mucho que añadir. Continúa desde el punto en que lo dejaste y sigue, Felí.

¿Seguir? ¿Seguir por dónde? ¡Acababan de demostrarme que lo sabían todo!

—Yo... no imaginaba que os importasen tanto Fairy Oak y sus habitantes —dije—. En el fondo, no los conocéis. Puedo deciros que, después de que el Enemigo abandonara el valle, no ocurrió nada trastornador, afortunadamente. Os lo escribí: unos se han casado, otros no, algunos se han marchado, algunos han llegado... Pero son historias cotidianas. ¿Por

qué tendrían que apasionaros? —pregunté—. ¿De verdad es tan importante para vosotras, incluso parece que fundamental, saber qué sucedió después?

¿Y sabéis lo que me contestaron? Que no, que no era fundamental, pero que sin duda sería tan grato y reconfortante como recibir noticias de viejos amigos a los que aún se quiere aunque vivan lejos. Y añadieron que, si les habían tomado tanto cariño a Tomelilla, Vainilla, Pervinca. Grisam y todos los demás, la culpa era mía por habérselos presentado.

¿Podía decir que no?

En ese momento, decidí que les revelaría a mis compañeras cuatro misterios de Fairy Oak que todavía no conocían. Una historia cada noche durante cuatro veladas, después de las cuales nunca volvería a hablar del pasado.

*La primera noche hablé de amor;
la segunda, de espectaculares hechizos;
la tercera, de amistad;
la cuarta noche conté un adiós.*

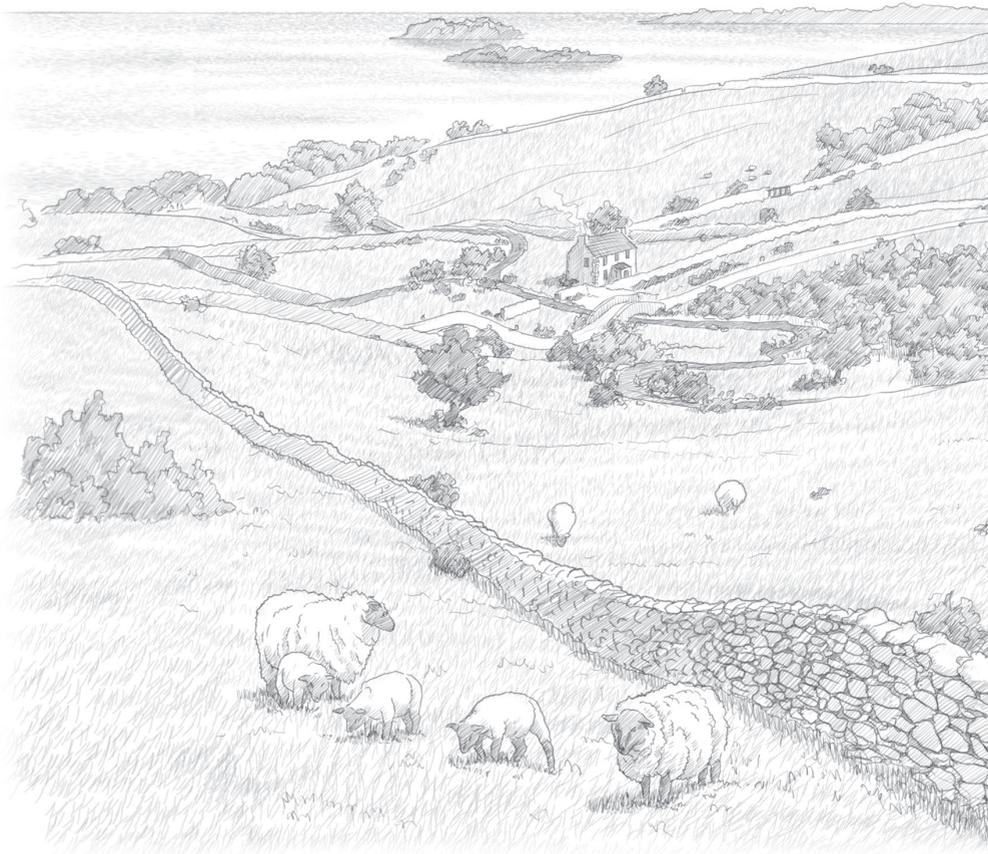
La primera noche...

UNO

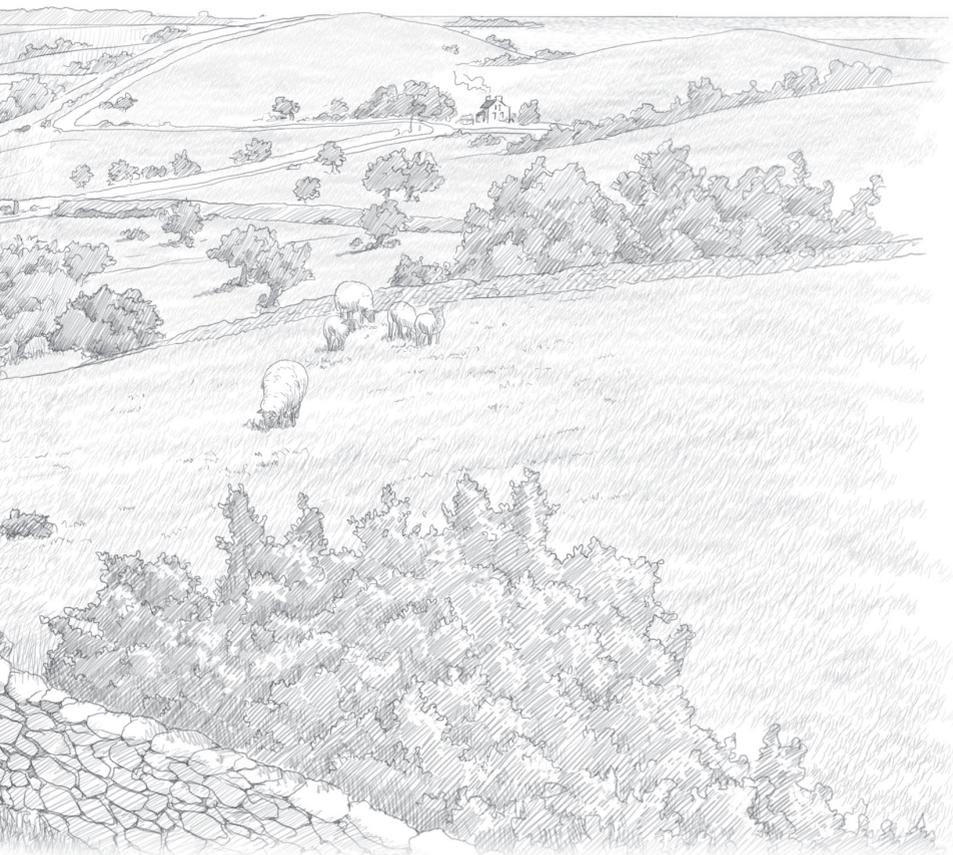
La cueva de Grísam

UNA HISTORIA AÚN POR CONTAR

«... ¿Cómo lo había explicado Tomelilla? Luz y Oscuridad, un poder crea, el otro destruye. Unidos y opuestos, son inseparables, ni buenos ni malos, necesarios ambos, como el día y la noche...»

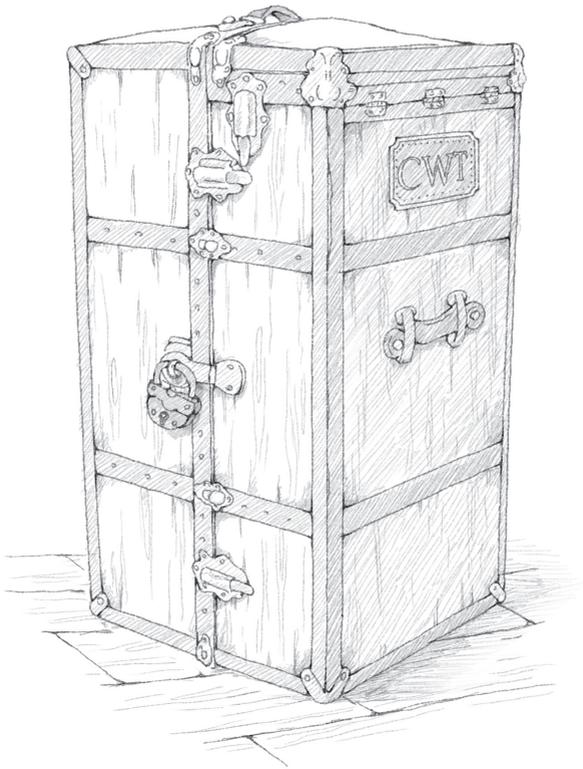


Mientras fuera volvía a nevar, Grisam y Pervinca arrastraron el baúl del capitán al centro de la cueva, donde sería más cómodo abrirlo. Entre todos los objetos que llenaban el antro secreto del joven mago hasta el techo, sin duda el baúl era el más atrayente y el más mágico. Vainilla y Shirley observaban sin respirar, mientras que el ratoncito de Shirley, Mr. Berry, se había bajado del hombro de la chica y se había acercado para ver mejor. Al otro lado, la inquieta Flox no había dejado de tamborilear sobre la caja en que se había sentado. ¡Qué momento estaban a punto de vivir!



¿Qué es lo que iban a ver?

Aquel baúl había pertenecido a la persona más extraordinaria que habían conocido. Un héroe que había surcado las olas de todos los mares, había avistado costas desconocidas para los hombres, había caminado por playas de reflejos ocres, había pescado calamares gigantes, había luchado contra piratas y tempestades oceánicas... En sus numerosos cuadernos había descrito criaturas que parecían



pertenecer a otro mundo, animales más extraños y espantosos que los dragones, peces con cuernos, aves de miles de colores y hombres oscuros, altísimos unos, minúsculos otros... ¿Qué es lo que contendría el equipaje de un hombre así?

—Ahora te toca a ti —le dijo Grisam a Vainilla—. ¡El capitán no ha dejado las llaves!

Vainilla se sobresaltó.

—¿Por qué a mí precisamente?

—¡Porque eres una bruja de la Luz! —respondieron a coro los chicos—. Tienes el poder de abrir lo que está cerrado, ¿no? Mientras que nosotros solo podríamos cerrarlo.

—O peor, destruirlo.

—No es verdad, Shirley tiene el mismo poder y es más hábil que yo —replicó Vainilla—. ¿No tenéis miedo de que pueda equivocarme?

—¿Por qué ibas a equivocarte? —le espetó su hermana Pervinca—. Ya lo has hecho una vez.

Vainilla torció el gesto.

—El cofre del capitán, ¿te acuerdas?

—Sí, pero era distinto. El cofre del capitán era mucho más pequeño y también menos... —Babú estaba a punto de decir «menos valioso», pero quizá no eran las palabras apropiadas, porque el cofre que Vainilla había recibido en herencia de Talbooth contenía un libro muy antiguo y raro, ¡y vaya si era valioso! El problema era otro. El cofre se lo había

dejado a ella, por lo que, en el momento de abrirlo, Babú era la única responsable; el baúl, en cambio, pertenecía a Grisam, y todos sabían lo mucho que le importaba al joven su contenido. Dentro de aquel baúl estaba la vida del capitán, sus secretos, ¡quizá toda su historia! Si yo hubiera estado en el lugar de Vainilla, tampoco me habría gustado tener una responsabilidad así.

—¿Y si me confundo y transformo todo en una tarta de nata? —susurró temblando.

—¡No digas eso ni en broma! —contestó Grisam muy serio.

Flox, por su parte, pensó en ello y se relamió los labios.

—No, no, no —dijo por fin Babú echándose atrás—. Es mejor que se encargue Shirley o que vosotros, los mágicos de la Oscuridad, intentéis romper la cerradura con vuestros poderes destructivos.

Pervinca no podía creer lo que oía y fulminó a su hermana con la mirada.

—¡¿Qué es lo que oigo, una Periwinkle que se echa atrás?! ¡Jamás! Deja ya de gimotear y abre este baúl, ¡ahora mismo! —exclamó.

Vainilla y Pervinca siempre habían sido así, iguales y opuestas en todo. Poderes opuestos y personalidades opuestas, contrariopuestas siempre en todo. Si Babú era solar, dulce y juiciosa, Vi era sombría, sagaz y rebelde. Dos caras de la misma moneda, como decían ya en

el pueblo, que nadie separaría nunca pero que el destino había dividido desde el primer día. Y que las había hecho especiales.

—Trata de recordar qué hiciste para abrir el cofre —le sugirió Grisam obligándose a parecer tranquilo—. Supongo que dijiste alguna palabra mágica. Basta con que la repitas y...

—No es cuestión de palabras mágicas —explicó Vainilla—. Lo sé, basta con decir «¡Ábrete!». Al menos con el cofre ocurrió así. Felí, tu estabas conmigo, ¿te acuerdas de si dije algo más?

—Yo diría que no —contesté—. Tenías el cofre sobre las rodillas y lo mirabas mientras tratábamos de imaginar cuál podía ser la palabra. Como no la sabíamos, probamos con la más fácil y tú dijiste «¡Ábrete!», y el cofre se abrió.

—Bueno, pues sí que parece fácil —dijo Grisam—. Venga, ánimo.

Vainilla se levantó de su asiento y se acercó al baúl. Sería y concentrada, se paró delante de la cerradura. Y habría dicho la palabra definitiva si Flox no hubiera intervenido y lo hubiera echado todo a perder.

—Espera, ¡sé lo que necesitas! —exclamó saltando de la caja—. Voy a llamar a Jim.

—¡FLOX! —le gritaron los demás a coro—. ¿Te parece el momento de pronunciar ese nombre?

Demasiado tarde, Vainilla se había puesto ya como un tomate.

—¿No sabes que cuando se pone nerviosa no controla sus poderes? —le recriminó Pervinca—. Ahora convertirá todo en fresas y miel.

Jim era el joven extranjero que, una noche, el tío de Grisam y el señor Cícero, pensando que era un espía del Enemigo, habían capturado y, de acuerdo con todo el pueblo, habían encerrado en una celda a prueba de mágicos. El pobre joven había pasado de aquella manera sus primeros días en Fairy Oak, hasta que la tía de Flox, Hortensia, había descubierto que no era en absoluto un espía, ni siquiera un mágico. Tan solo era un inventor venido de lejos.

—¿Qué tiene que ver Jim? —preguntó Babú fingiendo una indiferencia absoluta ante aquel nombre—. Si me equivoco de hechizo, no será culpa suya, desde luego. ¿Por qué creéis que él me importa?

Flox puso los ojos en blanco.

—¿Cómo que por qué?! —exclamó archisorpren-dida—. Si precisamente ayer, en el colegio, me decías cuánt...

—¡ÁBRETETE! —ordenó Vainilla al baúl antes de que su amiga terminara la frase.

En la cueva se hizo un silencio gélido.

Grisam, Pervinca y Flox se quedaron quietos como estatuas y, conteniendo la respiración, esperaron el ¡*clac!* de la cerradura al abrirse.

Nada.

Se volvieron lentamente hacia el baúl. Vainilla lo observaba inmóvil en busca de alguna señal: la cerradura no se había abierto, pero quizá algo se había movido.

—¿No os parece que algo ha cambiado? —preguntó.

—N... no —respondió cautamente Grisam—. Por fuera todo parece igual que antes.

—Pero no sabemos qué ha pasado dentro —volvió a aventurar la inconsciente de Flox—. Ahora podría estar lleno de crema de café.

Pervinca se tapó los ojos y Grisam se dejó resbalar al suelo, rendido. Vainilla nos miró a Shirley y a mí en busca de un poco de comprensión. Y la encontró. Shirley le sonrió tranquila, moviendo apenas la cabeza en señal de acuerdo. Yo, en cambio, tuve una iluminación.

—¡Lo estabas tocando! —dije centelleando—. El cofre, ¿te acuerdas? ¡Cuando le ordenaste que se abriera, lo tenías sobre las rodillas!

Sin dudarlo, Vainilla puso la mano sobre la cerradura del baúl y repitió la palabra mágica:

—¡Ábrete!

Un momento después, sonreía. Los demás, sin embargo, esperaron antes de celebrarlo.

—¿Qué ves? —le preguntaron a ella, que era la más cercana—. ¿Has hecho algún desastre? ¿Está de verdad lleno de crema de café?

Vainilla abrió solo un poco el baúl e inmediatamente después se apartó para que todos pudieran ver.

—¡Yo diría que no! ¿Y vosotros?

—¡Por las barbas de mi tía! —exclamó Flox.

Grisam abrió de par en par la boca, Shirley se llevó las manos a la cara y Vi torció los labios, como siempre hacía cuando no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Su uniforme! —exclamó.

Y no era la única sorpresa, la auténtica estaba aún por llegar...

